

LOS CÍRCULOS PERPETUOS

(Novela Corta)

Finalista en el Premio Internacional de Novela Álvaro Cepeda

Samudio 2003

Emilio Alberto Restrepo

EN UNA CALLE CUALQUIERA

- ¿Sabe qué compañero? Bájese rápido del carro y no haga escándalo. Quédese quieto y entrégue me las llaves, no me obligue a matarlo.

- Tranquilo hombre, tranquilo; no me haga daño, no me vaya a disparar.

El hombrecito entendió que no tenía opción. Nervioso, a tropezones, con una opresión en su pecho y una voz apenas más temblorosa que sus piernas, se bajó del auto; tratando de esquivar aquella mirada fiera, dueña de sí misma, contundente, entendió que ese hombre moreno, alto y frío era un experto, que estaba ante un profesional.

Entonces, sin quererlo, lo miró a los ojos. Hubiera deseado con todo su corazón no haberlo reconocido, pero desde lo más primitivo de su conciencia se maldijo por haberlo hecho. Se sintió miserable cuando se oyó

a sí mismo balbuceando como un imbécil aquellas palabras que torpemente brotaban de una garganta que ya le pesaba a la altura de la vejiga:

- Mendoza, no me reconoce, hombre. Yo soy el doctor Restrepo, el que lo operó cuando usted llegó herido al hospital de San Vicente. Recuérdeme, Mendoza; yo sé que usted es Iván Mendoza, yo lo cuidé, nos hicimos muy amigos cuando usted casi se muere la noche en que lo abalearon. Recuérdeme hombre, yo fui el cirujano que lo operó, el que lo salvó.

- Claro que me acuerdo de usted, médico. Yo estoy vivo gracias a usted, a su cirugía y a sus cuidados. Usted estaba trabajando e hizo muy bien su labor... Ahora yo estoy en mi trabajo y créame que también hago muy bien mi oficio.

No sintió nada. Siempre creyó que los impactos de bala dolían al romper la piel y en sus últimas luces se alegró de que no fuera así. Sólo le pareció un poco duro el suelo y muy triste la forma como se diluyeron en tan pocos segundos los recuerdos, los afectos, los apegos, el orgullo, ese cuerpo que ya casi no estaba, ese líquido caliente que le humillaba la hombría, ese frío que le desgarraba el alma...

AGUSTÍN

El barrio vio crecer toda una fauna de personajes que se gestaron al calor de los muros de las esquinas. Desde los infaltables patos, hasta las inefables carangas resucitadas que se dedicaron al narcotráfico o a los oficios que se derivaban de él. Desde los sopletes o viciosos esquineros, hasta los pseudo intelectuales o “eruditos de titulares” que posaban de elegidos a pesar de su cacumen lleno de conocimiento inútil y falsas pretensiones. En forma paralela al crecimiento y desarrollo de una caterva de gañanes que asumía la rufianesca como forma de vida inherente al barrio, hubo otros que como Piolín, Jairo Paquete y Agustín, optaron por trabajar en instituciones del estado en supuesta defensa de la ley y el orden, pero rápidamente sucumbieron a las tentaciones del dinero fácil y a las gabelas que colateralmente derivaban del ejercicio de la autoridad y del trasegar por una línea que sin mucho esfuerzo se desviaba de los conceptos éticos y morales, cuando no legales.

Así por ejemplo Jairo Arbeláez, conocido como “Jairo Paquete”, el hermano de Jaime Alberto Arbeláez, “El Perro”, ejerció todos los oficios posibles del rebusque que su precaria formación académica le permitían y terminó como policía raso en los pueblos de Antioquia, recibiendo un pequeño soborno

aquí, una mordida por encubrimiento allí, una comisión o una “liga” por hacer de oídos sordos en tal entuerto. Durante un tiempo protegía a los vendedores de marihuana o bazuco a los cuales les cobraba una mesada por su silencio o ayudaba a sacar de líos jurídicos menores en inspecciones a quien se lo solicitara a cambio de algún dinero. Le perdimos la pista un tiempo hasta que supimos de él por las noticias, cuando supuestamente fue muerto en una emboscada de la guerrilla en el municipio de Caicedo, lo cual resultó falso, pues se trataba de un homónimo. Su ingreso a la institución se hizo célebre en el barrio pues cuando estaba haciendo el curso de inducción, un guasón abusando de su legendaria ignorancia le dijo que si quería sobresalir desde el principio en el mundo de los uniformados, pidiera el libro de texto guía del agente ejemplar supuestamente llamado “Manual de agresión Ciudadana, cien formas prácticas de socavar los derechos civiles”. El idiota anotó cuidadosamente el título y cuando estaban en plena conferencia con el director regional (un típico capitoste de malas pulgas, de esos que desayunan alacranes y los pasan con vinagre, que creen ser elegidos de la Providencia y que genuinamente piensan que los civiles son poco menos que un bulto de excrementos sin cerebro y sin derechos), le lanzó el requerimiento poniendo cara de interés y perfil de intelectual, ante el asombro y la estupefacción de la plana mayor de la tombareda. ¡Fue un caos! Estuvo en interrogatorios, lo remitieron al psicólogo del batallón, lo amenazaron con torturas por ser un supuesto subversivo infiltrado. No lo expulsaron porque

entendieron que estaban ante una personalidad químicamente bruta, diamantinamente ignorante, angelicalmente tarado. Después de muchas evoluciones y volteretas, fue expulsado de la Policía y terminó nuevamente en el rebusque, sin talento ni formación, viviendo la angustia de resolver de cualquier manera el día a día, en un problema elemental de supervivencia que en el último desespero lo presionó hasta el punto de irse para Estados Unidos por la vía ilegal, lo que se conoce como “irse por el Hueco”, o sea, la frontera mexicana, con todos los riesgos y peligros que eso implica; no estoy seguro, pero las malas lenguas dicen que fue apresado y torturado, o en el peor de los casos muerto, de todas formas nunca se supo a ciencia cierta. De la que era su compañera en ese entonces, María Teresa, nunca volvimos a saber. Los chismosos la ubicaban en un rollo de trata de blancas en Japón.

Otro muy típico fue Piolín, quien al terminar el bachillerato por recomendación de un político amigo de su padre, fue a parar a la oficina de rentas departamentales; allí recorrió todos los pueblos del departamento recibiendo sobornos, dejando pasar contrabandos, en general, “haciendo torcidos”, traficando armas y ganando ingentes cantidades de dinero, el cual malgastaba a manos llenas con prostitutas de todas las calañas, fumando bazuco como un murciélago y hablando sandeces en las tiendas del barrio en las que contaba mil historias donde siempre era el héroe y pagaba las rondas de licor mientras insinuaba su arma de dotación a través de la pretina de su

pantalón. Cuando vio que su puesto estaba en peligro por los rumores sobre su proclividad a la corrupción y por la decadencia de su padrino político, decidió dar el gran golpe de su vida. Se alió con un grupo de contrabandistas e invirtió todo su capital en ingresar un matute por Urabá; hubo un delator, el cargamento cayó, la plata se perdió, fue expulsado del trabajo, milagrosamente se libró de pagar prisión y tuvo que regresar al barrio con el rabo entre las piernas, sin dinero, con las secuelas en el cuerpo de más de diez años de excesos y abusos y en la mente con la nostalgia de la pérdida de su pequeño pero eficaz podercito, viviendo de las glorias pretéritas de los tiempos idos. Nunca más volvió a repuntar ni a levantar cabeza y perdió hasta la gracia de sus múltiples narraciones ya gastadas de tanto repetirlas.

Otro personaje más exitoso fue Agustín. Desde los dieciocho años trabajó en los juzgados y luego en las inspecciones. Dueño de una inteligencia vivaz, un sentido práctico a toda prueba y una astucia natural que le permitían siempre estar en el lugar preciso y a la hora indicada, logró estudiar abogacía en la jornada nocturna mientras oficiaba y aprendía los trucos del quehacer cotidiano y “cogía cancha” en todo tipo de cargos adscritos a la justicia. Fue ascendiendo en la carrera administrativa y llegó a escalar una a una todas las posiciones de la jerarquía, hasta llegar a inspector principal. Bajo de estatura, de aspecto rechoncho y sanguíneo, explosivo y primario, Agustín se volvió el terror de los pelafustanes del barrio. Inicialmente los toleraba en una anuencia

indiferente en aras de la convivencia pacífica, hasta el día en que mataron a su hermano menor, un prestigioso médico, cirujano general de la policlínica de Medellín, en un hecho ya cotidiano en la dinámica de la ciudad, por robarle el carro. Haciendo pesquisas descubrió que el asesino era Iván Mendoza, “Malbicho”, miembro de una banda que tenía azotado el sector y que venía de Sopetrán, un pueblo del occidente antioqueño en donde ya había sembrado el terror. La obsesión de la venganza se le pegó a la piel, se le enquistó entre ceja y ceja; a partir de su tragedia, su espíritu no tuvo sosiego ni conoció la paz interior. Se tornó irascible, intolerante e irritable. Fue denunciado en varias veces por violación de derechos humanos, por palizas a indigentes y hasta por formar parte de grupos de “limpieza social” o exterminación sistemática y premeditada de personas consideradas como lacras sociales, los coloquialmente llamados “desechables”. Es fama que su diversión favorita antes de acostarse, era disparar desde el balcón de su casa a los viciosos que se escondían en el puente de la quebrada de la setenta y cuatro y también que con sus policías amigos se disfrazaban de inocentes transeúntes para fungir como desprevenida carnada, dar posibilidades de que los pillos de ocasión los atacaran y así tener la disculpa perfecta para meterles un balazo o propinarles una succulenta e inolvidable muenda. Eran leyenda sus castigos ejemplares en los calabozos a los detenidos que eran altaneros o que le contestaban en forma grosera o poco comedida: los encerraba en condiciones extremas de hacinamiento y de propina les

encimaba a un indígena afectado fatalmente de ese olor putrefacto en los pies que se produce luego de una caminata con botas pantaneras sin utilizar ni talco ni calcetines y que se conoce con el poco garboso nombre de “pecueca trepadora” o “valeriana pútrida” y que en lugares cerrados desespera de tal manera que se pega en forma indeleble al cuerpo y a la ropa del que tiene el infortunio de tener contacto con ella y hace invocar a gritos la muerte en medio de la náusea más asquerosa; sobre todo si es de aquella que reblandece de tal forma las plantas y los talones, los pone de color blanco lamoso y se describe como que “da tajada”. No falta el que piense que la única solución es la quirúrgica y no dudan en recomendar la amputación de los miembros afectados como solución definitiva a tan poco glamoroso olor. También propiciaba nuestro amigo en los mismos calabozos batallas campales con materia fecal o con efusiones gargantiles o bronquiales conocidas médicamente como esputos, pero en la calle llamadas afectivamente “gargajos”, luego de prometerle a un indigente o desechable que lo dejaba salir rápidamente de la inspección si se prodigaba en generosidad con sus secreciones corporales y armaba el zafarrancho coprológico dentro de las cuatro paredes del recinto. Acostumbraba de igual manera los consabidos baños con orines viejos llamados “berrinche” o con agua helada en las madrugadas agitadas donde se excitaba el espíritu irreverente y procaz de los detenidos.

De alguna manera, Agustín era una celebridad y su talante era reconocido y temido por los malandrines del barrio. Los niños lo admiraban y los adultos lo respetaban.

A mí me caía bien, pero me daba la impresión de que yo no le simpatizaba mucho. Claro que también creo que en general no simpatizaba con nadie. Su mundo era hermético y su círculo vital, estrecho y cerrado. Sólo pensaba en trabajar en forma frenética, en estudiar, en hacer obstinadamente su labor, en alcanzar a toda costa las compulsiones y obsesiones que desde siempre nunca le faltaron. Incluso, a pesar de que nunca se casó, siempre le encantó mi hermanita Gladis Tatiana. Era evidente que al mirarla se desbarataba por ella y relajaba su aspecto tosco y de mal carácter. Cuando se graduó de médica, le regaló un televisor a color para que se llevara para el pueblo al momento de hacer la práctica rural. Al final, ella nunca le prestó mucha atención; él era de pocas palabras, más bien huraño y ella terminó casada con el peor partido del barrio, el casoso de Jaime Alberto Arbeláez, conocido como “El Perro”.

No era muy frecuentado porque había algo de oscuro en él, algo de doble vida, de métodos discutibles, de cuestionamientos éticos o de procedimiento que intimidaban al interlocutor. De hecho, cuando nadie lo esperaba, cuando parecía tener más que nunca el control de su vida y su

carrera iba en ascenso, cuando logró finiquitar el asunto de su venganza personal que ya se le había convertido en una obsesión, tomó la decisión de terminar con todo en un hecho que sacudió la ciudad y nos estremeció profundamente a los que de alguna manera tuvimos que ver con él y llegamos a apreciarlo.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

